

ANTIYANQUISMO CONSERVADOR. LA INJERENCIA DE ESTADOS UNIDOS EN CUBA Y LA PRENSA DE DERECHA EN MÉXICO

Salvador E. Morales Pérez

Por regla general la ideología antiimperialista se ha identificado como propia de los grupos sociopolíticos amenazados, lastimados u obstruídos por el fenómeno histórico de la dependencia dentro del moderno sistema capitalista mundial. El antiimperialismo ha sido observado como una variante del enfrentamiento a los esquemas de dominio colonial y neocolonial. Así la conformación de la conciencia antiimperialista ha cargado un signo revolucionario, como vía para quebrantar la estructura de subordinaciones funcionales generadas por las sociedades capitalistas avanzadas.

Sin embargo, en la conformación de estos reflejos ideológicos han contribuido una gama mayor y más compleja de circunstancias y elementos integradores, sobre todo en la coyuntura aceleradora de este imaginario combinado de afluencias dispares, cuando no contradictorias.

En la historia del pensamiento político latinoamericano cabe a México un papel muy importante en la elaboración del discurso antiimperialista. Particularmente de las elaboraciones nacidas de una vecindad tan extensa y peligrosa como la de Estados Unidos. Elaboraciones que se extienden desde los días de la independencia mexicana, cuando la conducta oficial de Estados Unidos decepcionó a admiradores tan fervientes como Servando Teresa de Mier y alertó a los nacientes estadistas -de signo político conservador moderado como Lucas Alamán- a urdir una diplomacia de cautela y contención al ambicioso y activo vecino del norte, hasta fines del siglo XIX, en donde se cierra una etapa de acumulación y se inicia una era de confrontaciones y posicionamientos marcada por la hegemonía de Estados Unidos sobre la mayor parte de la América.

La guerra cubana de independencia iniciada el 24 de febrero de 1895 fue un catalizador de una perspectiva diferente hacia los admirados Estados Unidos de América. Conocida de antiguo, entre otras, la apetencia geopolítica de Cuba por Estados Unidos era de esperar por muchos observadores del panorama internacional una injerencia de la república angloamericana en el último conflicto anticolonial del siglo. Saber cómo percibían a Estados Unidos sus más cercanos vecinos constituye una necesidad heurística. ¿En qué medida, nos preguntamos tomando el caso de México como punto de referencia principal, la “yankofobia” generada por el despojo, las humillaciones y las amenazas fue mermando su intensidad y haciendo sitio a otras actitudes que llegaron al extremo del pitiyanquismo? ¿Qué condiciones nutrieron la apertura y el cuestionamiento a una relación intensificada mediante vías de comunicación, acuerdos comerciales, numerosas inversiones y trasvases humanos y culturales? ¿Cuál fue el papel que desempeñó la lucha cubana por la independencia absoluta en el conflicto ideológico desatado por la eventualidad de una injerencia de Estados Unidos?

En los medios oficiales del porfiriato las opiniones más autorizadas descansaban en dos supuestos de enorme significación: el coco de una nueva mutilación se había alejado considerablemente y la expansión económica pacífica predominaba como vía óptima para las urgencias mercantiles. Hombre colocado en donde se traman y adoptan grandes decisiones, Matías Romero se esforzó desde 1889 en convencer a México de que ya Estados Unidos no amenazaba la integridad territorial de México, pero en mucha mayor medida se empeñó en abrir el paso a los capitales yanquis hacia las prometedoras e inertes riquezas de su país. Una buena porción del liberalismo oficial estaba ganado por esa perspectiva tranquilizadora y promisoriosa. No así el sector conservador, ultramontano e hispanófilo que había ido ganando ascendiente en torno al caudillo presidente, sector que ha sido muy bien estudiado en los trabajos de Antonia Pi-Suñer, Matilde Souto Mantecón, Clara E. Lida, Leonor Ludlow y Carlos Marichal, y que temía los avances de los intereses estadounidenses por cuanto podían afectar a los suyos y al conjunto de representaciones que sustentaban. México, junto con Argentina (en donde como es sabido hubo una inmigración masiva de españoles en la segunda mitad del siglo XIX) habían constituido los dos principales polos de atracción, por la naturaleza de sus recursos y la fuerza de sus relaciones naviero-mercantiles, de poderosos intereses hispanos.

Como era de esperarse la principal reacción de la sociedad mexicana con respecto a la intervención estadounidense en la guerra independentista de Cuba se concentró en los periódicos. Los periódicos oficialistas lo hicieron con suma cautela, en contraposición con la exaltación y sistematicidad con que se proyectó la prensa conservadora, católica y filohispana. Precisamente a ésta deseamos hacer referencia; a pesar de que Daniel Cosío Villegas descalificase el antiyanquismo de esta franja político-ideológica, no cabe extrañeza de que su discurso haya podido calar con más hondura en la cultura política mexicana que el discurso procedente de las filas liberales rayando en lo blandilocuo. A diferencia de publicaciones más o menos favorables a la causa independentista y preocupados por los aires expansionistas del norte, como *El Diario del Hogar*, *El Hijo del Ahuizote*, *El Continente Americano* y otros, la prensa conservadora concentró su atención en la crítica furiosa a Estados Unidos, a sus prácticas y políticas, instituciones y proyectos, que si bien fueron acentuados en señal de adhesión a España, no dejaron de aportar un significativo discurso cuestionador del progreso material, la modernización y la expansión imperialista, como podrá verse en las muestras que tomamos de ejemplo.

Desde la década de los ochenta, periódicos de filiación católica habían venido denunciando y combatiendo la creciente influencia yanqui en México. Este campo de enfrentamientos intelectuales tenía un trasfondo que no debe olvidarse por un momento: trasfondo económico y tecnológico, espiritual y religioso, étnico y social. Los avances de la modernización periférica eran vistos no sólo en términos de peligros por el progreso material, sino como anuncios de ruptura en la jerarquía de valores, penetración de otras creencias y prácticas religiosas, democratización de la vida social, resquebrajamiento de una estructuración etnosocial. Estas circunstancias coincidieron con el despliegue intenso del programa panhispanista esgrimido por España a la reconquista de un nuevo relacionamiento con las repúblicas hispanoamericanas. Programa que buscaba aliados en el propósito de extirpar la hispanofobia resultante de las luchas independentistas y de las aventuras de reconquista y marchar hacia una concordancia que favoreciese los alicaídos intereses mercantiles del reino peninsular. Para ello debía contar con intereses afines e

ideología análoga que le diesen puntos de apoyo para repeler a los competidores y usufructuar nuevos niveles de influencia. En México tuvo dos significativos pilares en los periódicos *El Tiempo* y *La Voz de México*, los cuales desempeñaron hasta fines del siglo XIX una notable labor desde su punto de vista prohispanico y católico. Punto de vista que hizo posible la alineación más estrecha con España durante la guerra de Cuba y la intervención de Estados Unidos.

El Tiempo no sólo era un periódico católico sino rabiosamente hispanófilo, como correspondía a tal ortodoxia religiosa de procedencia europea. De ahí su discurso en honor a los ancestros hispanos y su labor mitificadora del aporte colonizador, como gloria civilizadora. De suma elocuencia proespañola fue la reproducción de la oración fúnebre pronunciada por el cura Zacarías Martínez Núñez en honor de Felipe II en el Escorial, el 13 de septiembre de 1898, que hemos tomado de muestra para nuestro análisis.¹ La extensa apología al gotoso y oscurantista monarca venía a ser la apología al consolidador del imperio español e instrumento eficiente de la imposición ecuménica de la religión católica en su variante más atrabiliaria: “el más grande entre los reyes, martillo de las herejías, brazo de la cristiandad...”

Detrás de la retórica teológica bulle, junto a la defensa del sojuzgamiento colonial y las bondades de la Inquisición, el dolor sordo e inconsciente del poder perdido y la rabia ahogada por la desdicha presente. Un discurso hecho para españoles: recuento de triunfos y hazañas de dudosa autenticidad, exaltación militar y evangelizadora, construcción de una historia sesgada y tendenciosa, acusadora y sentenciante. El cura Zacarías lleva toda su agua a favor del conservadurismo y contra el liberalismo (“factores de las libertades modernas”, que “constituyen la mayor de las tiranías”) cuestiona el concepto material del progreso y resuella por la pérdida de las últimas colonias. Y es en los párrafos finales en que se desnuda la esencia política de su honra fúnebre:

Pero, señores, no quiero terminar esta oración fúnebre, que podría calificarse también “Oración fúnebre de España”, sin hablaros de lo que algunos llamarán error político de Felipe II respecto de las colonias: ¿Sabéis cuál es? Es el error de toda nuestra patria: el haber conquistado América y Filipinas, redimiendo a las personas sin matar la raza, siguiendo el sistema contrario de Inglaterra con la raza tasmania y al de los Estados Unidos con los indios aborígenes de la América del norte y con los pieles rojas, de los cuales sólo quedan ya cuatro o cinco tribus insignificantes; el haber roto, como no lo hacen Inglaterra ni Holanda, las cadenas de la esclavitud, derramando la luz de lo alto en las inteligencias extraviadas, despertando del sueño de la muerte a los pueblos errantes y perdidos, dándoles nuestra sangre, religión y lengua, realizando el plan de Dios, del padre cariñoso que supo dictar las “Leyes de Indias”, civilizando en el cabal sentido de la palabra...²

El periódico mexicano se hacía eco así del esfuerzo por contraponer a la “leyenda negra” de la colonización española el cuestionamiento a otra conquista igualmente brutal. Suavizando aún más la gesta hispana del siglo XVI con aportes de religión, sangre y lengua susceptibles de ser matizados si miramos específicamente. La “redención” parece bastar al orador sagrado, como excusa suficiente para el despojo de territorios, la imposición de lengua y religión, la erección de una pigmentocracia ajustada a un supuesto plan

divino.

Concepción providencialista de la historia, manejada dolosamente, que comporta un riesgo que a duras penas acepta:

No se me oculta que por esos caminos se llega a la independencia de las colonias; pero así como algunas vivieron pacífica y felizmente por espacio de tres siglos a la sombra de la Cruz, más tiempo hubieran continuado de esa manera si las miasmas de la impiedad y de la corrupción administrativa, más terribles que las del cólera, no hubieran asolado a aquellas hermosísimas comarcas. De todos modos si ese sistema de colonizar es un error, creo que debe abrazarse con él toda alma honrada ¡Bendito sea el error!³

El elogio a la colonización hace abstracción a siglos de historia real, a los hechos de resistencia y castigos, omite mencionar revueltas y cimarronaje, genocidio y deculturación, es decir, cuanto pueda afejar un pasado paradigmático. Al dejar como únicas lacras explicativas de la opción independentista a la corrupción y a la impiedad, condena al silencio la propia evolución de los pueblos, su capacidad regenerativa, la lucha por la libertad y la igualdad social, pero sobre todo contra las trabas coloniales. De este modo, el cura Zacarías escamoteaba los trasfondos que justificaban también la lucha cubana por su emancipación, adaptando un punto de vista ahistórico, del cual se hizo eco el periódico mexicano. Desde luego, una elaboración muy difícil de asimilar por un país que había derramado tantos esfuerzos por asegurar su independencia.

A su juicio, la consideración religiosa ya no domina, sino la del hecho de la fuerza material y bruta; se mata y esclaviza por codicia y egoísmo, por ambiciones y mercados, para tener instrumentos de diplomacia. El retrato abstracto le va como anillo al dedo a la reciente injerencia de Estados Unidos y los entretelones que la motivaron:

Hoy se conquistan territorios, no para redimir a las personas, sino para llevar las hermosas pieles de sus animales a los mercados públicos; para extraer las primeras materias de las sedas, de los colores y perfumes del taller, de la fábrica y del tocador; para extraer de las minas las sustancias con que se forjan espadas y puñales o grandes acorazados y formidables cañones, que constituyen trono con que la diosa Materia rueda por el mundo aplastando cruentamente a infelices muchedumbres.⁴

Suelta entonces una filípica teológico-conservadora contra el concepto de progreso materialista y utilitario que enarbola el capitalismo moderno en su énfasis estadounidense, que nos excusamos de citar en este momento a pesar de su notable importancia dada su extensión y para no alejarnos del centro de nuestro interés. No cabe duda de que en la contraposición entre dos potencias desiguales se colocaban valoraciones asimétricas.

La prensa de derecha se hizo eco casi exacto del discurso hispanista elaborado por la inteligencia española con fines de política de Estado. Un punto básico fue el catolicismo común considerado como compendio de los valores conservadores. Pivote para

atacar al liberalismo, a la masonería, al socialismo y anarquismo; para oponer espiritualismo a materialismo, honor a tecnología; para contraponer al panamericanismo de factura yanqui el iberoamericanismo de progeie europea.

De los días en que la corona española se inclinaba derrotada ignominiosamente por el puntillazo con que la artillería yanqui remataba al dominio agonizante a causa de la lucha cubana por la independencia, son los versos de Carolina Coronado, Mitra, agosto 11 de 1898, publicados en este mismo periódico de la derecha católica de Ciudad de México.⁵ La poetisa da rienda suelta —entre airada y pesarosa— a las ideas y sentimientos que le ha despertado el desborde yanqui, no sólo en las Antillas. El cuestionamiento rimado de que damos cuenta revela una inquietud política por el fondo y las formas adoptadas por Estados Unidos (al cual nunca se le menciona específicamente) en su estallido invasor.

Al fin los vicios del caduco imperio,
La ambición de los Césares insana
Ha logrado invadir nuestro hemisferio.

Comprendo su dolor, querida hermana;
Tú, que descienes del ilustre anciano
Honra de la familia ciudadana.

Comprendo que tu espíritu cristiano
Se espante del terror y la injusticia
Que hoy arrastra al pueblo americano.

No es por humildad, es por codicia
Por lo que rompe las sangrientas leyes
Fundador a favor de la justicia.

Si el yugo sacudió de injustos reyes
Fue para dar ejemplo al viejo mundo
Con las virtudes de sus nuevos reyes.

Para que hallase manantial fecundo
En su labor, la sociedad tranquila,
De paz con su gobierno sin segundo.

Mas convertís a Washington en Sila,
Y al pacífico pueblo ciudadano
En sanguinario ejército de Atila.
¡Ay! ¡Quién dijera a tu leal hermano
Que su bandera injuriaría el fuero
Del generoso pueblo castellano!...

Pero no venció a España el caballero,
El barco por el arte acorazado
Es hoy el adalid, es el guerrero.

Evocaciones del infierno airado
Salen al mar y reventando en llama,
Sepultan al ejército abrasado;
Y *Lucifer* vencedor se aclama,
Porque él es quien alcanza la victoria
Y de gran paladín logra la fama.

En negra piedra escribirá la historia
La fundación de vuestro nuevo imperio
Y el fin de su grandeza transitoria.

A España tienen hoy en cautiverio:
Mas lo que harán del nuevo poderío
Es para la República un misterio.

Arrastrada por loco desvarío
Quiere emular de Europa los blasones
Y remedar su antiguo señorío.

Quieren tener marqueses y barones
Y duques y sus príncipes reales,
Cual en Europa intrusos Napoleones.

Y a Inglaterra decir: “Somos iguales,
Llevamos ya corona en la cabeza”

Aunque súbitos fuimos desleales.

La República ha sido una flaqueza
Entramos en la edad adolescente
Y queremos mayor alteza”.

Y para eso ¡oh dolor! sangre inocente
Ha enrojecido el mar de las Antillas
Y el remoto archipiélago de Oriente...

Y aún amenazan arrasar las villas
De Iberia, por mostrar a las naciones
De su infernal obús las maravillas

Cubierta con los fúnebres crespones,
Si vienen, los veré del Océano
A la orilla, sin miedo a sus cañones.
Mas con horror a su furor insano...

La colaboradora de *El Tiempo* reconocía en Estados Unidos el mismo espíritu imperial de la Roma precristiana, motivado por apetencias mercantiles (codicia), equiparándolo con las míticas hordas de Atila (sinónimo de sangrienta barbarie). Como el cura Zacarías, Carolina Coronado apela a la interacción tecnología/diabólica *versus* caballeros/valerosos (la máquina vencedora del hombre). Y vaticinaba la transitoriedad del nuevo imperio y la degradación de los valores republicanos ostentados.

Si *El Tiempo* fue parco y mesurado en sus expresiones de adhesión hispanófila hacia 1898, luego de la ignominiosa derrota, *La Voz de México* adoptó los tonos más acres, vibrantes y declamatorios.

La Voz de México era uno de los principales órganos de prensa del conservadurismo independiente, junto con *El Tiempo* y *El Nacional*. Desde el comienzo de las hostilidades hispano-yanquis, acentuó su postura “antigringa” y no dejó pasar día sin echar un grano al costal ya nutrido de la animadversión hacia Estados Unidos. Animadversión no siempre visceral, pues entre sus alegatos hay no pocos razonamientos de notable interés. Fue *La Voz de México* quien difundió con más clarividencia el significado de la modificación de la tesis monroísta, en la “doctrina McKinley” que se vino a redefinir en otorgar “a los Estados Unidos el derecho de intervención, en nombre de la humanidad, de la civiliza-

ción y de la protección de los intereses americanos, en los asuntos de sus vecinos”.⁶ En este punto insistió en varios de sus artículos, destacando la impropiedad de intervenir en asuntos internos bajo pretextos humanitarios.

El periódico conservador fue de los que creyeron que las acciones de Estados Unidos serían condenadas como en “acto bárbaro” y que España no sólo tendría “la simpatía de todos los pueblos civilizados”, entre los cuales colocaba también los del continente.⁷ Donde no se equivocaba *La Voz de México* era en advertir la simpatía de buena parte de los “liberales ilustrados”, por Estados Unidos, puesto que no se habían pronunciado contra el intervencionismo de la “doctrina McKinley” y contra cuanto tenía ésta de amenazante para el futuro de las relaciones intercontinentales:

¡Que tiemble México, porque hoy se trata de Cuba, mañana de Yucatán, después, cuando a la muerte del actual jefe de Estado o en cualquier otra emergencia se perturbe la paz, vendrá el protectorado político para garantizar la tranquilidad y el capital de los ciudadanos americanos, desde Monterrey, que es ya étnica y comercialmente una prolongación de Texas, hasta el Istmo de Tehuantepec que es el presente del mundo; después la absorción y con ella la esclavitud.⁸

El tono apocalíptico que adoptó el discurso antinorteamericano al convocar a los pueblos latinoamericanos a oponerse a la doctrina McKinley, lejano precedente de la doctrina Truman, enarbolada en la segunda postguerra mundial, no dejaba de tener una buena dosis de razón. Si bien la defensa a España era notoria, el pronóstico respecto a una doctrina que se atribuía unilateralmente el derecho intervencionista bajo el supuesto de perjuicios a ciudadanos estadounidenses, doctrina que se aplicaría luego *a troche y moche* para legitimar las más humillantes injerencias, tenía sólidos fundamentos:

El mensaje por último, absorbe para la soberanía de los Estados Unidos la de las demás naciones de América, arrogándose el derecho de calificar automáticamente sus actos, aprobarlos o castigarlos interviniendo personalmente en los asuntos privados de cada pueblo, y que de hoy en adelante tendrán en Washington su juez y señor.

No menos importancia puede atribuirse a la incipiente manifestación de calificador, como una de las tendencias más transgresoras del respeto interamericano. La adopción de un papel de árbitro moral tenía sus raíces en el mesianismo paradigmático que dio origen al “destino manifiesto”, pero hasta ese momento la filosofía de supremacía moral no había alcanzado el nivel de asimilación institucional cristalizado con la administración de McKinley, prolegómenos de las vejatorias certificaciones estatuidas a lo largo del siglo XX. El intervencionismo, considerado en teoría y práctica de nuevas formas de dominación neocolonial -mal de males de la república cubana, diría Emilio Roig de Leuchsenring- fue juzgado como método atentatorio del derecho internacional reconocido por las potencias actuantes y el anuncio de la vuelta a un ejercicio darwiniano de las relaciones entre Estados.

La falta de reacciones ante las novedades de una correlación de fuerzas deslizándose hacia la expansión imperialista, llevó a los artífices del panhispanismo y a sus epígonos

latinoamericanos a cuestionar a los países de América Latina para terminar acusándolos de inercia.

Otro modo de presentar el intervencionismo de Estados Unidos fue el impacto de los bárbaros sobre la civilización. El calificativo de bárbaros sería arma eficiente en el discurso antiimperialista posterior de J.M. Vargas Vilas. Pero *La Voz...* coloca en manos de España —de la España finisecular— un estandarte, “la sagrada bandera del latinismo”, con pocas probabilidades de ser secundado, a pesar de la aquiescencia que habían disfrutado los inmigrantes hispanos para apoyar su permanencia en las Antillas. Muy a su pesar, la idea de que la potencia hispana suscitaría la simpatía de los pueblos civilizados no tuvo eco.⁹

¡Horror si triunfaran los bárbaros!...toda la cultura que... hemos venido acumulando... se hundiría en un insondable abismo. Las aras de todos nuestros ideales serían profanadas por la mano del invasor y por el caso de su brutal cabalgadura.

La cuestión está en que la resistencia a un perjuicio probable implicaba el alineamiento y defensa de una causa poco o nada simpática a los ojos de las mayorías populares de América Latina, indiferentes a los intereses coloniales y políticos que defendía y muy propicia a la lucha libertadora de los cubanos.

Si los Estados Unidos triunfan sobre España, habría sonado para nosotros la hora suprema de nuestra autonomía. (...) sus ambiciones y su engrimiento no reconocerían límites. Salvarían el canal que divide a la isla de Cuba de la península de Yucatán, y en ella se instalarían por espíritu de conquista, disfrazado con todas las hipocresías diplomáticas. (...) Los estamos mirando, como funesta filoxera, zumar en algunos de los barrios de nuestra capital. Se han adueñado de todos; financieramente estamos ante ellos atados de pies y manos. Sus hombres políticos, (...) son aquí recibidos como príncipes, por más que traigan delegación alguna, se les honra dándoles el lugar de preferencia en el salón de la representación nacional. (...)

¡Basta de torpes adulaciones! Los norteamericanos nos han demostrado lo que son. Sus vandalismos en California y sus decepciones en Alaska, nos manifiestan la locura del Rey Midas: el oro y siempre el oro. Su democracia no es más que un desvergonzado mercado en el que todo se mide por la tarifa Dingley. Su Política Internacional, dócil al tanto por ciento, tiene toda la malicia y toda la felonía cartaginesa. Washington les recomendó, casi por vía de testamento, que fueran leales y justos en sus relaciones con los demás pueblos; por ellos, sujetos a las leyes del atavismo, interpretan y practican el Derecho de Gentes a la manera británica. No hay que olvidar que John Bull es el abuelo del tío Samuel.

Lastimamos hasta el fondo de las entrañas que en México haya partidarios del sajonismo que hagan votos por sus futuros triunfos. Maldicen a España cuando en el fondo de ser llevan...la riquísima savia española, expresada por el lenguaje, por la constitución psíquica, por las tradiciones históricas. Estos tales

se coaligan con Breno por arrebatar de la balanza del rescate algunas miserables piezas de oro. Científicos se llaman, y no son más que libertinos. Esclavos de la escarcela mejor provista, hoy defenderán una causa y mañana romperán lanzas por la contraria. (...)

La Voz... tenía más acentos y sentimientos castellanos que mexicanos, pues era de la opinión de una alianza ofensiva y defensiva entre España y las repúblicas hispano-americanas, que daría tranquilidad a España en las Antillas y, de esta manera, habría un equilibrio continental adverso a la expansión de Estados Unidos. A su vez, España permite a Europa estar presente en el medio del golfo mexicano. Con gran habilidad retórica e ideológica argumentaban que Cuba podría convertirse en manos yanquis en el Gibraltar americano. Los periodistas liberales reaccionaron contra los redactores conservadores acusándolos de que no ayudaban a la buena relación con los norteamericanos.

En apoyo a sus planteamientos *La Voz de México* invocaba las voces más autorizadas del panhispanismo predicado en los últimos 20 años desde Emilio Castelar, de filiación republicana, hasta los redactores de *El Siglo Futuro*. Desde luego el cura Eizaguirre, autor de *Los intereses católicos en América*, era una de las autoridades más recurridas, sobre todo su planteamiento de una “alianza ofensiva y defensiva de España y las repúblicas españolas de América”.¹⁰ Como en numerosas referencias del discurso tradicionalista eran miradas hacia atrás a lo que podía haber sido y no fue. En ningún momento el peso de las responsabilidades recae con fuerza en las políticas seguidas por la élite dominante en la península, de lo cual se infiere la culpabilización a Latinoamérica, a los cubanófilos, a los ilusos, de la sajonización del continente.

El enfoque de la insurrección cubana de *La Voz...* es un calco de la argumentación de la prensa colonialista española. Así, atribuye la guerra a España a los intereses de los tabaqueros y azucareros de Estados Unidos sin entrar al fondo conflictivo que enlaza a diversos grupos de estos intereses.¹¹ Trató de convencer a sus lectores mexicanos que la insurrección independentista tenía como fuente principal el financiamiento estadounidense. Eludía el parangón de la emancipación cubana con la del resto de los países americanos.¹²

Respecto a México, atribuía suma importancia al fenómeno geográfico: “México por su topografía, es el primer valladar que tiene que romperse...” Aunque consideraba que el gobierno porfiriano estaba preparado en el aspecto financiero y que el ejército se modernizaba, preveía que la mexicanidad se desharía “como tierno azucarillo...en las fauces del mastodonte”, porque faltaban las fuerzas morales. Juzgaban duramente a los liberales positivistas como autores de una obra depresiva, opuestos a la unidad nacional que sólo podía cohesionarse gracias a la religión católica. Para *La Voz...* Biblias y pastores protestantes constituían las avanzadillas de elementos de disolvencia.

Fredrick Pike estuvo mucho tiempo intrigado por la hispanofilia de las élites intelectuales y políticas del conservadurismo hispanoamericano.¹³ Quiso o encontró que para entender esa adhesión a valores y tradiciones españoles debía ver en la dependencia espiritual y cultural de la “madre patria”. Buscó pues los orígenes en el conservadurismo peninsular, sin desdeñar la observación del liberalismo de ambas riberas atlánticas.

Para Pike el hispanismo ideológico descansa en un concepto de familia, comunidad o raza. Términos que están cargados de diversidad significativa —a mi juicio— quizás fuera del alcance de un angloparlante, pero que efectivamente han sido llaves conducentes a una gestión cohesionadora. Familia implica algo más que la urdimbre genealógica, comporta un lazo de consanguinidad. En tanto que comunidad expresa la precisión de aquello que se comparte dentro de una frontera de exclusividad. En cambio el término raza elude su connotación biológica para insertarse en la sinonimia de *linaje*.

La españolidad concebida como autopercepción distintiva es una elaboración ideológica que hace abstracción de la diversidad marcada en el ámbito ibérico. Es una elaboración política que aúna al gallego y al bable, al catalán y al eúskaro, saltando no sólo barreras lingüísticas, patrones de comportamientos, también distinciones de clase y cultura. Es una ideología de Estado.

El criticismo a las características dominantes de la sociedad y cultura españolas —del cual fue un destacado exponente el argentino Domingo Faustino Sarmiento¹⁴— alcanzó nuevas cotas en el período posterior a la independencia de América. Ciertamente, como advierte Fredrick Pike, las acciones españolas preocupaban más que los despuntes imperialistas yanquis, a pesar del despojo a México en 1848.¹⁵ Aunque a mi juicio la diferencia de intensidad a comienzos de la segunda mitad del siglo XIX se hizo sensiblemente menor. Tengo presentes los formidables alegatos del cubano José Antonio Saco, los del chileno Francisco Bilbao, los del panameño Justo Arosemena.

Pero no cabe duda de que sucesivos gobiernos hispanos de variado matiz se habían comprometido en amenazadoras aventuras reconquistadoras. La conspiración de Juan José Flores para colocar un príncipe español en Ecuador hacia los años cuarenta alentó los planes monarquizantes del gabinete Istúriz, que también acarició la idea de hacerlo en México (1846) con la complicidad de los monárquicos de México. Es bien explicable que esos conatos despertaran “la inmediata y violenta repulsa y prevención de las demás repúblicas hispanoamericanas”.¹⁶ Semejantes reacciones motivaron la anexión de Santo Domingo en 1861 a pesar de su manejo incruento inicialmente¹⁷ y la participación en los comienzos de la intervención de Europa en México hábilmente cancelada merced a las negociaciones efectuadas por el general Prim.¹⁸ Todavía más indignantes fueron la reclamación y ocupación de las islas Chincha frente a la costa peruana (1864-1866) y los bombardeos a Valparaíso y El Callao (1866), que generaron condiciones de simpatía hacia el primer esfuerzo independentista cubano (1868-1878) en casi toda Hispanoamérica.

Fue en este período en que la hispanofobia alcanzó los niveles más altos y la ideología conservadora hispanófila tuvo que batirse a la defensiva, en tanto los liberales acentuaban su admiración hacia otros paradigmas: los modelos francés y estadounidense de preferencia.

Hacia 1898 eran pocos los medios latinoamericanos que no percibían claramente las intenciones de la cúpula dominante en Estados Unidos de influir o dominar en la mayoría de los Estados del continente. De ahí que concordemos en que la hispanofilia ganase súbitos adeptos, pero no me parece en cambio acertado tomar a 1898 como punto de partida, sino más bien como una escala de ascenso de la ideología hispanista. Sería más

bien una inflexión en la expansión de una modalidad intelectual en contraposición con un factor ajeno a la teorización y ejercicio del hispanismo oficial.

En las altas clases de poder y dirección de América Latina se generó una actitud ambivalente. El impetuoso progreso material aupado por la segunda revolución industrial en el principal teatro de su acción —Estados Unidos— colocaba notas de admiración y de entusiasmo. Una recóndita ilusión de ser iguales anidaba en sus proyectos lejanos. Pero los lastres precapitalistas injertados en las estructuras económico-sociales crecientemente dependientes de los centros industriales, alimentaban los resabios elitistas y etnocráticos. De ahí brotaba su adhesión a una escala de patrones culturales, de valores espirituales, éticos y estéticos que lo alineaban con la tradición hispano-católica. Entre la utopía modernizadora y la realidad jerárquica tradicionalista no mediaban graves conflictos. El dilema no provocaba excesiva angustia, la brecha tecnológica era lo suficientemente elocuente como para poder salvarla sencillamente, en tanto las instituciones republicanas formales eran orilladas a conveniencias ocasionales.

A diferencia de lo sucedido con la emigración italiana en Argentina, en donde la opción monarquía/república dividió a la colonia, el tema conflictivo no pareció afectar significativamente a las agrupaciones de emigrados españoles en América Latina.

Naturalmente, estos y otros planteamientos merecen un estudio minucioso. *La Voz de México*, durante los meses de la guerra, sostuvo un constante seguimiento, casi diario, de la evolución del conflicto, pero sobre todo una pertinaz argumentación contra la expansión yanqui. En ella se mezclan los razonamientos con la exaltación hispanófila y religiosa, las argumentaciones geopolíticas con las preocupaciones de raza y cultura, la angloxenofobia con un tenor antimodernista. Siempre prudentes con respecto al gobierno directamente, pero cuestionando y presionando la carambola.

No solamente en la derecha católica mexicana se había desarrollado esta suerte de pensamiento antimperialista conservador, a partir de posiciones tradicionalistas e intereses materiales amenazados.

Los periódicos de derecha, francamente proespañoles, se hicieron eco no sólo de la defensa a España y a cuanto ella simbolizaba —una cultura y una religión hegemónica sobre pueblos heterogéneos en cuanto a raíces étnicas, patrones culturales y creencias sincréticas—, sino también de sus intereses mercantiles, políticos y coloniales. Periódicos como *La Voz de México* hicieron causa común con la prensa hispana, *El Correo Español*, imitándolo en sus temas y enfoques, adoptando un tono algo más moderado e intentando lo que éste no podía hacer: hablar en representación de México. Esto le permitió complementar y hacer el juego al periódico hispano, cuidadoso de entrometerse en cuestiones delicadas internas.

Pero también la prensa católica derechista adoptó una posición radical frente a Estados Unidos. Posición que abarcó una gama de aspectos que no sería posible resumir en una sola opción. La defensa de la permanencia de España en el Caribe era un punto importante, pero no el único. La posición probablemente representaba al conjunto de intereses mercantiles amenazados y gradualmente desplazados por el empuje comercial yan-

qui, urgido por la superproducción de mercancías en serie. El antisajonismo también partía de un fundamento político interno de claro matiz antiliberal y antidemocrático enfilado contra los llamados “científicos” que gozaron de relativa influencia en el seno de la camarilla gobernante. El enfrentamiento externo era contrapartida eficaz al enfrentamiento interno por las cuotas de poder.

No puede ignorarse su cuestionamiento a la democracia. Es parte del trasfondo de elitismo, de prejuicios y de intolerancia que anidaba en estos sectores sociopolíticos. El antisajonismo tejía también la renuencia a aceptar otros credos que no fueran los católicos; el repudio a la corrupción del castellano —lengua del poder— por la invasión del anglicismo que aparejaban las nuevas técnicas, equipos, juegos, diversiones, etc.; el horror ante nuevos comportamientos, valores, métodos, que erosionaban las antiguas costumbres de una sociedad patriarcal, autoritaria, en que la mujer era sometida por los padres, los maridos y los curas...

Estas voces de aviso, estos miedos a los cambios, estaban contaminados por un ingrediente contradictorio: la defensa de un arraigado residuo colonial concebido como contrapeso —poco efectivo desde luego— al desborde expansionista y de un instrumento de cohesión falazmente consistente, la religión católica. No obstante su sazón xenofóbica, su incondicional prohispanidad, el aliento grandilocuente, no pocos retazos de este discurso vinieron a incorporarse a la cultura política del siglo XX de modo complejo y heterogéneo que aún está pendiente de estudiarse.

Sin embargo, la crítica, el cuestionamiento de la nueva sociedad avizorada, regida absolutamente por la racionalidad capitalista, formada por una ética “materialista” y utilitaria, no deja de aportar un fondo cognoscitivo y moral de no poca importancia. Por debajo de la retórica iracunda laten no pocos conceptos de capital relevancia: la tendencia absorbente de la conquista pacífica iniciada desde la década anterior por Estados Unidos; tendencia destinada a encerrar en un bloque antieuropeo a los países débiles de América Latina; la necesidad de una alianza de las repúblicas hispanoamericanas como único medio hábil de resistencia y de equilibrio continental; la significación de México en una estrategia de contención latinoamericana y el valor de la Isla de Cuba en la coyuntura geopolítica.

NOTAS

* Ponencia presentada al XIII Coloquio de Historia Canario Americana, y al VIII Congreso Internacional de Historia de América AEA, octubre de 1998.

¹ “Oración fúnebre que con motivo del tercer centenario de la muerte de Felipe II pronunció el P. Zacarías Martínez Núñez en la Real Basílica del Escorial el 13 de Septiembre de 1898”, *El Tiempo* Edición Ilustrada, Tomo VIII, núm. 373, Méjico, octubre 16 de 1898, pp. 329 a 335

² *Ibidem*, p. 334

³ *Ibidem*

- ⁴ *Ibídem*
- ⁵ Carolina Coronado, “Carta a Marta”, *El Tiempo*, Edición ilustrada, tomo VIII, Núm. 370, Méjico, septiembre 25 de 1898, p. 307
- ⁶ “La doctrina de McKinley”, *La Voz de México*, tomo XXIX, núm. 86, México, abril 17 de 1898
- ⁷ “España no estará aislada”, *La Voz de México*, tomo XXIX, núm. 86, México, abril 16 de 1898
- ⁸ “Que tiemble México”, *La Voz de México*, tomo XXIX, núm. 89, México, abril 19 de 1898
- ⁹ “España no estará aislada”, *La Voz de México*, tomo XXIX, núm. 85, México, abril 16 de 1898, p. 2
- ¹⁰ “Opiniones de la prensa y notables escritores. El conflicto hispano-americano”, *La Voz de México*, tomo XXIX, núm. 98, México, mayo 1° de 1898
- ¹¹ “Los resultados de la guerra”, *La Voz de México*, tomo XXIX, núm. 93, abril 26 de 1898
- ¹² “¡Guerra inicua!” *La Voz de México*, tomo XXIX, núm. 100, México, mayo 4 de 1898
- ¹³ Fredrick B. Pike, *Hispanismo, 1898-1936*, University of Notre Dame Press, Notre Dame-London, 1974
- ¹⁴ Unamuno consideraba que el cuestionamiento de Sarmiento venía desde dentro, en el mejor espíritu hispano, comprendido y sentido como si fuese un español crítico. “Sobre la literatura hispanoamericana” [1905], en Miguel de Unamuno, *Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana*, 3ª ed., Madrid, 1968, p. 77
- ¹⁵ Fredrick Pike, *op.cit.*, *ed.cit.*, p. 3
- ¹⁶ Edmundo A. Heredia, “Europa al acecho: el caso ecuatoriano”, en Edmundo A. Heredia y Delia del Pilar Otero, *Los escenarios de la historia*, Córdoba, Argentina, 1996, p. 22
- ¹⁷ Roberto Cassá, *Historia social y económica de la República Dominicana*, 2 tomos, Santo Domingo, 1977/1980
- ¹⁸ Antonia Pi-Suñer Llorens, *El general Prim y la cuestión de México*, UNAM/SRE, México, 1996